

se hallará cuestión cuya interpretación no dependa de este punto: absoluto-relativo. Escribir sobre Lavelle, cualquiera que sea el tema que se escoja, sin haber resuelto previamente este problema, resultará siempre oscuro y además peligroso. Especialmente es aplicado esto al campo de la Psicología (*De l'Ame Humaine*) y al de la Moral (*Traité des Valeurs*), donde toda valoración debe ser referida, previamente, a la solución que se haya dado a este punto⁹⁰.

⁹⁰ Publicamos este artículo como anticipo de un libro sobre Lavelle, que estudiando desde varias perspectivas este mismo problema, lo refiere después a la antropología y moral lavellianas.

El bautismo de Jesús y el reposo del Espíritu en la teología de Ireneo

Refiere el evangelista Lucas que, una vez bautizado, "*Jesús, lleno del Espíritu Santo, se volvió del Jordán y fué llevado por el Espíritu al desierto*"¹. El texto parece insinuar una acción constante del Espíritu sobre el Señor, que guía toda la obra de su misión pública hasta la culminación de su muerte y triunfo². El apóstol san Juan insinúa una explicación de esta permanencia continua del Espíritu en la acción redentora del Verbo encarnado, cuando afirma, al narrar el bautismo del Señor, que el Espíritu Santo en figura de paloma "*se posó sobre Él*"³.

Los exegetas modernos explican comúnmente el descenso del Espíritu sobre el Señor a orillas del Jordán como una recepción en su santa Humanidad de una especial iluminación e inspiración del Espíritu para comenzar su misión de Redentor. Jesucristo, que desde su encarnación tiene la plenitud del Espíritu y de la gracia por su unión con el Verbo en unidad de Persona, aun puede recibir gracias actuales en su santa Humanidad bajo la forma de iluminaciones, mociones e inspira-

¹ Lc., 4,1.

² Ver M. J. LAGRANGE, *Evangelie selon st. Luc.* Paris, 1921, p. 128; A. PLUMER, *The Gospel according to st. Luke*, Intern. Critical Commentary, Edinburgh, 1951, p. 107.

³ Juan, 1,32 Dice J. H. BERNARD, relacionando este texto con la narración del bautismo de Jesús en el evangelio de los Hebreos: "...probably intended to teach the permanence of the spiritual gift here vouchsafed through Christ to mankind..." (*The Gospel according to st. John*, Intern. Crit. Comment., Edinburgh, 1948, I, p. 50). "Indicant ergo Evangelistae Spiritum Sanctum non ita in Christum descendisse, ut eum tantum ostenderit, statimque discesserit, sed ita in eo mansisse, ut statim coeperit eum agere, et omnibus deinceps in rebus gubernare..." (J. MALDONADO, *Comment. in Marcum*, Moguntiae, 1853, I, p. 530).

ciones. Se expresa esta realidad en los Evangelios por el descenso de la paloma en su bautismo, y la frecuencia con que se recalca la intervención del Espíritu en la vida pública del Señor⁴.

La exégesis actual admite, por lo tanto, un reposo e intervención real del Espíritu sobre la Humanidad de Jesús para inspirarla e impulsarla en la misión confiada por el Padre⁵.

⁴ Ver Mt., 4,1.11; Mc., 1,12; Lc., 4,1.14.18; 10,21; 22,43.

⁵ Para el P. LAGRANGE por la unción del bautismo, Jesús "est investi de sa mission... déjà un ordre succède à l'autre..." (*Evang. selon st. Matthieu*, Paris, 1923, p. 56). Con este descenso del Espíritu el Señor inaugura su vida pública; el Espíritu significa "une impulsion spéciale pour une oeuvre donnée...", pues no hay duda que el Señor "comme homme suivait les inspirations de l'Esprit Saint..." (*Evang. selon st. Marc*, Paris, 1920, p. 10-11). La intervención divina en el bautismo no cambia nada en Jesús, solamente "Elle l'investit de sa mission, mais d'une mission qu'on verra distincte de ce que l'on attendait du Messia. Jésus rempli de l'Esprit Saint, et proclamé Fils de Dieu, va commencer son oeuvre..." (ibid., p. 13).

J. HUBY ve en el bautismo del Señor la manifestación solemne de su obra redentora: "Le baptême, qui ouvre la prédication de l'Évangile, inaugure aussi l'oeuvre publique d'expiation et réparation, dont l'Incarnation a marqué le principe secret..." (*Evang. selon st. Marc*, Paris, 1924, p. 13). El Señor tiene la plenitud del Espíritu porque es Dios, pero todavía hay lugar para la acción del Espíritu en esa santa Humanidad. Obra en Ella con sus mociones e inspiraciones, y en su bautismo le da "l'impulsion pour commencer sa mission publique, pendant que le Père lui garantit son assistance..." (ibid., p. 14). De la misma opinión es A. DURAND: "A l'entrée d'une carrière dont la perspective finale est la croix, l'humanité du Christ reçoit un réconfort de grâces actuelles toutes spéciales..." (*Evang. selon st. Mathieu*, Paris, 1948, p. 36); y P. BONNETAIN (ver *Le baptême de Notre Seigneur*, R. Apologétique, 50 (1930), p. 57-59).

J. M. VOSTRÉ considera al bautismo del Señor como la declaración solemne de su Mesianidad: "...non recepit tunc primo neque messianam dignitatem vel eiusdem conscientiam, neque Spiritus Sanctii gratiam cum filiatione divina..., at, coram mundo haec est eius authentica a Deo introductio et sollemnis investitura messiana..." (*De baptismo Iesu...*, Romae, 1934, p. 37); y como la recepción de una especial inspiración e impulso en su santa Humanidad: "Admittendum tamen videtur Spiritum Sanctum super Iesum tunc descendentem, —etsi habitualement gratiam non contulerit neque auxerit animae eius, sanctissimae iam ipsa unione hypostatica cum Verbo—, eundem tamen, qua hominem inspirasse atque impulisse, ut uniret missionem sibi a Deo commissam. Que sensu mox apparet Iesus a Spiritu ductus in desertum..." (ibid., p. 36).

Para J. KOSNETTER, por el reposo del Espíritu sobre Jesús a orillas del Jordán recibiría el Señor en su santa Humanidad como una gracia especial de fortaleza para comenzar su dolorosa obra mesiánica que remataría en la cruz. Por el descenso del Espíritu no se trataría "um keine neue Würde, um keine Vermehrung der heiligmachenden Gnade oder der "Scientia infusa", sondern um eine Stärkung der menschlichen Seele Christi, wie das in seinem späteren Leben noch öfters vorkam..." (*Die Taufe Jesu-Exegetische und religions geschichtlichem...*, Viena, 1936, p. 139).

Los auteros, además, señalan por lo general el aspecto "eclesial" de este paso en la vida del Señor, al afirmar que su bautismo se realiza para bien de los hombres, conforme a la explicación que da Juan de las teofanías del N. T.: "No por mí se ha dejado oír esta voz, sino por vosotros..."⁶.

La imagen de un reposo permanente del Espíritu en el Señor se relaciona, por otra parte, con el reposo del Espíritu sobre el Mesías, propio de las profecías de Isaías⁷. En la investigación que emprendemos nos interesa, ante todo, determinar el sentido de esa imagen. En efecto, el término "reposo", de origen vétero-testamentario, en hebreo "menuha" y que los Septuaginta traducen por , encierra un contenido de rico significado en la primera literatura patrística y gnóstica. En ambas aparece estrechamente integrado dentro de la concepción que representa a Jesucristo como portador del Espíritu.

⁶ Juan, 12,28-30. Ver P. BONNETAIN, *Le baptême de N. Seigneur...*, p. 56; J. M. VOSTRÉ, *De baptismo Iesu...*, p. 39 y 45. Dice acertadamente a este respecto J. BONSIRVEN: "Dès ce moment (el bautismo), Jésus est en possession de l'Esprit; nous employons possession dans le sens actif et passif: celui qui possède et dispose, celui qui est possédé et agi. C'est, en effet, l'Esprit qui le conduit au désert pour y être tenté, —acte capital de son messianisme—, qui le mène ensuite en Galilée pour y commencer sa prédication (Lc., 4,1.14); à sa première homélie à la synagogue, Jésus, s'appliquant un oracle d'Isaïe, peut assurer que l'Esprit est sur lui (Lc., 4,18), se sert de lui pour son oeuvre de salut; c'est par l'Esprit qu'il chasse les démons (Mt., 12,28.32) et c'est une faute irrémissible que de confondre cet Esprit de Dieu avec un esprit démoniaque; c'est en exultant sous l'action de l'Esprit que Jésus prononce sa grande prière eucharistique (Lc., 10,21). Il est aussi celui qui dispose de l'Esprit et le communique. Il promet à ses fidèles, pour les temps des persécutions, l'assistance de l'Esprit Saint, agissant en eux et parlant par eux. Il assure que Dieu l'accordera à qui prie avec confiance (Lc., 11,13). Avant de quitter les siens pour l'Ascension, il leur annonce qu'il leur enverra celui qui le Père a promis (Lc., 24,49; Act., 1,4). C'est surtout dans le quatrième Évangile que les promesses de l'Esprit tienen une place prépondérante. Au baptême, par l'eau et l'Esprit, le chrétien est introduit dans le Royaume de Dieu, il reçoit la faculté de naître de l'Esprit, soit de revêtir la nature divine (3,56.8). Les vraies fidèles adoreront le Père en esprit et en vérité (4,23.24) dans l'économie nouvelle ouverte par le Christ: en effet, ses paroles sont Esprit et Vie (6,63), —deux attributs divins. Une fois Jésus exalté, le croyant possédera l'Esprit, figuré par des fleurs d'eau vive... (7,37-39)..." (*Théologie du Nouveau Testament*, Paris 1951, p. 96). Ver también las acertadas indicaciones de Y. CONGAR, en *Le Saint Esprit et le Corps Apostolique, réalisateurs de l'oeuvre du Christ*, Revue des Scienc. Philosoph. et Theolog., 37 (1953), p. 31-32.

⁷ Is., 11,1-4; 61,1-2.

Por eso, como primer paso de nuestro trabajo, investigaremos el contenido bíblico de este término. Sólo entonces nos podemos considerar capacitados para precisar lo que significa en la soteriología de Ireneo el reposo definitivo del Espíritu sobre Jesús, que comienza con el descenso de este mismo Espíritu sobre su santa Humanidad a orillas del Jordán.

1. — Contenido bíblico del "reposo"

Reposo, en griego ἀνάπαυσις, significa etimológicamente la distensión que sobreviene a la cesación de un trabajo intenso, primordialmente corporal; el sentimiento de tranquilidad psicológica que inunda el ánimo al poner término a cualquier actividad con un feliz resultado. Por metonimia se usa para indicar el lugar donde se logra esa paz. Metafóricamente expresa los sentimientos de satisfacción y plenitud que nacen de un gran gozo o una gran paz interior. Indica también el descanso de la muerte en la tumba⁸.

El reposo supone para los judíos cansados de tantas guerras no tanto un medio para recobrar las fuerzas, como el bien supremo y el estado de vida que se deseaba alcanzar y hacer permanente⁹. Incluye, por lo tanto, la paz y prosperidad nacional y encierra en sí un contenido religioso, propio del pueblo escogido, que en seguida se exterioriza en una expresión ritual. El reposo sintetiza así el estado de tranquilidad y plenitud religiosa que se sigue a la liberación del pueblo de Dios de sus enemigos; por eso, sólo son dignos de él los que no abandonan a Yavé. Su expresión ritual es la celebración anual del triunfo religioso del verdadero pueblo israelita sobre sus enemigos; fiesta que al mismo tiempo expresa en su simbolismo la eterna seguridad que de ese triunfo deriva el judío fiel¹⁰.

⁸ Ver H. LESÉTRE, art. "repos", *Dict. de la Bible*, I, c. 1049-1050. El mismo término recibe también la traducción latina de "refrigerium", que encierra la idea de una sed saciada. Se ve así la relación que guarda con el simbolismo del agua. El agua da al sediento la vida del Espíritu, que trae la paz y tranquilidad al hombre. Ver A. M. SCHNEIDER, *Refrigerium*, 1928.

⁹ Ver J. PEDERSEN, *Israel, its Life and Culture*, London, 1920, I, p. 326.

¹⁰ Ver H. RIESENFELD, *Jésus transfiguré. L'arrière plan du récit évangélique de la Transfiguration de N. Seigneur*, Lund, 1947, p. 207-210.

La noción de habitar en un lugar seguro y pacífico relaciona prontamente el reposo con las promesas mesiánicas. En los israelitas el entrar y morar en la tierra prometida se liga con este término¹¹. Esta tierra es la figura del descanso que Yavé destina a sus elegidos¹². El rey mesiánico traerá consigo ese gozo, paz y refrigerio sempiterno. El reposo es dado por ese rey, y de él brota¹³. El judío fiel lo halla como un preanuncio en el lugar donde la gloria de Yavé se revela: en su Templo de Jerusalén. El término hebreo "menuha" ha adquirido un tinte marcadamente mesiánico. Es el símbolo del permanente gozo religioso del pueblo, que le será otorgado por el rey mesiánico, una vez vencidos definitivamente sus enemigos¹⁴.

La idea de reposo se va enriqueciendo gradualmente de un significado profundamente espiritual. Se habla de Yavé reposando entre las espaldas de Benjamín¹⁵, del arca de la alianza y del Templo de Jerusalén como lugar del reposo de Yavé¹⁶, de la Sabiduría buscando un lugar donde reposarse y encontrándolo en Jacob¹⁷, del reposo superior y espiritual de la nueva Jerusalén¹⁸.

En los libros proféticos el reposo es uno de los frutos primordiales del Espíritu. El mismo Yavé da el reposo a los hombres haciéndoles participar de su Espíritu¹⁹. El profeta constituye el tipo característico del hombre en el que se ha posado este Espíritu de Yavé. A él se aplica de una manera especial el término de "reposo", "reposar", que se hace la

¹¹ "Le repos était l'un des traits traditionnels de la terre promise. Repos après les marches épuisantes au désert (Deut., 3,20; Jos., 1,13,15; 24,4), repos à l'abri des menaces de l'ennemi (Deut., 12,10; Jos., 23,1)... repos après les souffrances de la captivité (Ez., 37,1-14)..." (J. GUILLET, *Thèmes bibliques*, Paris, 1951, p. 171).

¹² Salm., 95 (94), 11; Is. 28,12; Hebr., 3,11,18; 4,1-11.

¹³ I Cronic., 22,9,18; II Cronic., 14,5; 20,30. Los textos se refieren a los reyes de Israel, pero en el reposo de los tiempos de Salomón, Asa y Josafat se descubre un preanuncio y tipo de la paz y tranquilidad que traerá el Rey mesiánico.

¹⁴ Ver H. RIESENFELD, *Jésus transfiguré...*, p. 215-216.

¹⁵ Deut., 33,12. Es una alusión al futuro templo de Jerusalén.

¹⁶ II Cronic., 6,51; Salm., 132(131),14; Sir., 36,44.

¹⁷ Sir., 24,11-23.

¹⁸ Is., 66,1.

¹⁹ Núm., 11,25-26; Ezeq., 37,12-14. Sobre esta obra del Espíritu de Yavé sobre los hombres, ver J. GUILLET, *Thèmes bibliques*, p. 230-234.

expresión clásica para indicar que el Espíritu de Dios descansa sobre un hombre, consagrándolo irrevocablemente a la salvación de su pueblo²⁰.

En los libros sapienciales el mismo término adquiere un matiz alegórico de amor: reposo que el amante siente en la presencia de su amiga, la Sabiduría²¹. En unos pocos textos guarda cierta relación con la imagen de unas bodas y matrimonio²². Por eso en su significado ritual también incluye la simbolización de las bodas divinas a las que es invitado el judío fiel por el mismo Yavé.

Por su matiz mesiánico y el de unión matrimonial con Dios, ambos de colorido escatológico, expresa así este término en su significación global la existencia ideal de la unión íntima, definitiva y permanente del hombre con la gloria de Yavé en el reino mesiánico, a la manera de una boda espiritual, por la cual el verdadero israelita queda sumergido para siempre en la paz, seguridad y gozo que brota de la gloria de Yavé. Por eso, los judíos representaban la eternidad con el reposo del Sábado, es decir, el día del reposo de la gloria de Yavé²³.

La noción del reposo se prolonga e interioriza en las páginas del Nuevo Testamento: adquiere un significado trascendental

²⁰ "...dauerndes Ruhen des Geistes Gottes in Unterschied von zeitlich begrenzter Geisterfüllung..." (O. BAUERFEIND, *Theol. Wört. z. N. T.*, I, p. 352-353). El reposo del Espíritu sobre los profetas es permanente, pero sólo en cuanto tipos del sumo Profeta Jesús y custodios del verdadero significado del futuro reino mesiánico. Por eso, ese reposo del Espíritu sobre los profetas puede ser llamado pasajero, provisorio y limitado en comparación con el del Señor; ver J. GUILLET, *Thèmes bibliques*, p. 238-239.

²¹ Sabid., 8,16; Sir., 6,27-29; 51,35; etc. No es necesario interpretarlo como un reposo de amor sexual; encierra un sentido más genérico: el descanso que siente el discípulo una vez encontrada la sabiduría, luego de un asiduo trabajo.

²² Rut., 1,9; 3,1. Ver H. RIESENFELD, *Jésus transfiguré...*, p. 215-216.

²³ Ver H. RIESENFELD, *Jésus transfiguré...*, p. 215-216.

²⁴ H. RIESENFELD ve en la Transfiguración el tipo misterioso de lo que será el reposo definitivo del cristiano: "...les parodes du disciple constatent la perfection de la situation, et expriment un souhait relatif à sa durée... En d'autres termes, il est ici question du sentiment d'avoir atteint cet idéal..." (*Jésus transfiguré...*, p. 259). El reposo que ofrece el Cristo vivificante es superior a todo lo que el hombre se puede imaginar: "La nouvelle réalité personnifiée par Jésus représente, par rapport aux prototypes impliqués dans l'A.T. et dans le culte, non une simple reproduction ni une spiritualisation, mais une seconde création dans les cadres des anciennes catégories de motifs..." (ibid., p. 305).

y se concreta en la persona de Jesucristo, el verdadero Mesías, fundador de un reino eterno de paz espiritual²⁴.

Esta concepción religiosa del reposo fué de viviente actualidad no sólo entre los judíos, sino en todo el ámbito de la Iglesia primitiva. Todos los pueblos han tenido en sus religiones la idea de un lugar de felicidad eterna, pero sólo los cristianos la tienen en germen ya presente, porque la presencia vivificante de Cristo trae consigo la alegría, refrigerio y seguridad de la unión con Dios, que comenzada en la fe madura en la visión. Y, sin duda, la misma participación momentánea de los tres discípulos en la gloria del Cristo transfigurado es el tipo de la presencia en germen del reposo definitivo en el cristiano "peregriante".

La presencia vivificadora del Espíritu en el cristiano garantiza este reposo. Para el judaísmo contemporáneo de Jesús el Espíritu Santo era, ante todo, el Espíritu que prometía ese reposo por boca de los profetas²⁵. En el Nuevo Testamento el Espíritu se posesiona plenamente de los cristianos, que participan en la plenitud del Espíritu de Cristo²⁶. Esta permanencia del Espíritu en toda la Iglesia tiene su origen en el reposo definitivo del Espíritu sobre Jesús²⁷. No se trata ya sólo del Espíritu profético, sino del Espíritu de santificación²⁸. Este Espíritu se derrama actualmente mediante Jesucristo sobre los fieles para que todos participen de la vida divina, que el Verbo

²⁵ Ver J. BONSRVEN, *Le Judaïsme palestinien au temps de Jésus-Christ*, Paris, 1934, I, p. 210: "Telle est encore la formule du "Credo" chrétien: "qui locutus est per prophetas". Formule qui résume en l'éclairant le sens de tout l'Ancient Testament. Tout entière prophétique, tout entière annonçant le Christ, l'Écriture est tout entière animée par le souffle qui ces inspirés et relevé en eux sa puissance..." (J. GUILLET, *Thèmes bibliques*, p. 239). Sobre el uso rabínico, ver STRACK-BILLERBECK, *Kommentar z. N. T.*..., III, p. 486.

²⁶ Act., 2,1-4; I Pedro, 4,14.

²⁷ "...Das Bleiben des Geistes auf Christus (Io. 1,32) erhebt diesen über die Propheten die nur vorübergehender Inspiration gewürdigt werden, und erhebt die Geisterfüllung Christi und —ihm folgend— die der Christen über vorübergehende heidnischekstatische Zustände. Die Geistbegabung ist in der Christusreligion ein Dauerzustand..." (F. HAUCK, *Theol. Wört. z. N. T.*, IV, p. 580).

²⁸ Ver J. GUILLET, *Thèmes bibliques*, p. 240; C. TRESMONTANT, *Essai sur la Pensée Hébraïque*, Paris, 1953, p. 110.

de Dios hecho hombre ofrece a todos los que creen en Él, para que así ya posean en el tiempo las arras del reposo definitivo²⁹.

2.— *Reposo del Espíritu en Cristo: vínculo de unión entre el hombre y Dios*

La idea contenida en el simbolismo de la unción de Jesús en los escritos de Ireneo señala la consagración del Señor a una misión especial, vivificar espiritualmente a los hombres. Se indica así la comunicación del Espíritu a esa santa Humanidad, para que mediante ese Cuerpo se realice la redención y regeneración del ser humano. La imagen del reposo del Espíritu, efecto de esa unción, pone en relieve esa permanencia definitiva del Espíritu santificante en la Humanidad de Jesucristo: el Espíritu de vivificación, una vez dado a los hombres por medio del Señor, no los abandona jamás, al mismo tiempo que los reviste de sentimientos de paz, refrigerio y seguridad, prenuncios firmes de la vida eterna³⁰.

El Espíritu de Dios, según Ireneo, se posa sobre el Verbo encarnado y descansa en Él de una manera permanente. Ireneo subraya fuertemente el reposo del Espíritu en el Verbo en cuanto hombre³¹. Este descanso indica una unión especial

²⁹ Se comprueba así mejor el rico contenido tradicional del Evangelio de los Hebreos en la narración que ofrece del bautismo de Jesús. Mientras se bebe de esa fuente, se participa del "reposo" pleno del Señor. Ver E. FABBRI, *El bautismo de Jesús en el Evangelio de los Hebreos...*, Revista de Teología (La Plata), 22 (1956), p. 40-43.

³⁰ El término "reposo" es también de uso frecuente en la literatura gnóstica. Su estudio lo reservamos para un futuro trabajo

³¹ "Pues, el Espíritu de Dios es variado en su inhabitación, y es enumerado por Isaías, el profeta, en los siete carismas que reposan en el Hijo de Dios, esto es, el Verbo en su venir como hombre..." (*Demonstr.*..., 9, SMITH, p. 53). Por estos siete carismas se expresa la total plenitud del Espíritu que recibe la Humanidad del Señor. Implícitamente Ireneo alude al bautismo de Jesús: basta ver los otros textos donde habla de su bautismo: "...secundum id quod Verbum Dei homo erat..., secundum hoc requiescebat Spiritus Dei super eum..." (III, 9,3; Sagn., 158,29-30); "...unde et in Filium Dei Filium hominis factum descendit (Spiritus)..." (III,17,1; Sagn., 302,25). "Gedacht ist wohl auch in der letzten Stelle (*Demonstr.*, 9) an die Taufe..." (F. LOOFS, *Theophilus Antiochien adversus Marcionem...*, Leipzig, 1930, p. 33, n. 1). Ver K. SCHLUETZ, *Isaías 11,2 in den Ersten vier christlichen Jahrhunderten*, Münster, 1932, p. 57.

del Espíritu con el propio Cuerpo del Señor³². Mediante esta santa Humanidad, unida con el Espíritu, instruye a sus apóstoles, hechos testigos de su muerte, resurrección y ascensión, y les confiere el día de Pentecostés ese mismo Espíritu, para realizar la regeneración de los hombres y dispensarlo a los fieles para su perfección eclesial³³.

La unción de Jesús con el Espíritu en el bautismo importa el comienzo de una misión: es bautizado para bautizar a los pobres de corazón³⁴, para hacer participar a los hombres de la

³² "Y como precursor lo precedió Juan el Bautista, preparando y disponiendo al pueblo para recibir al Verbo de vida, declarando que Él era el Cristo, en el cual reposó el Espíritu de Dios, unido a su cuerpo..." (*Demonstr.*, 41, SMITH, p. 73). Se puede ver también aquí una alusión al bautismo de Jesús (ver Juan, 1,29-34). Juan comienza a preparar al pueblo para que reciba la nueva vida (Espíritu) que Jesús hecho Cristo por el bautismo comenzará a predicar y ofrecer: El Verbo de vida es el Verbo encarnado, cuya Humanidad ha sido hecha capaz de comunicar a los hombres la vida del Espíritu, al ser bautizada a orillas del Jordán.

³³ "Los apóstoles, testigos de todas sus obras, de su doctrina y de su pasión, muerte, resurrección y ascensión a los cielos, fueron enseñados por Él, luego de su corporal resurrección; los mismos, después del descenso del poder del Espíritu Santo, fueron enviados por Él a todo el mundo y llevaron el Evangelio, —la "invitación"—, a todos los infieles, mostrando a la humanidad el camino de la vida, apartándolos de los ídolos, la fornicación y la vanagloria, purificando sus almas y sus cuerpos con el bautismo de agua y del Espíritu Santo; dispensando y administrando a los fieles el mismo Santo Espíritu, que habían recibido del Señor. Y por estas disposiciones establecieron las iglesias..." (*Demonstr.*, 41, SMITH, p. 73). O como dice en el texto paralelo del "*Adversus haereses*": "...Postea enim quam surrexit Dominus noster a morte et induti sunt superveniente Spiritu Sancto virtutem ex alto, de omnibus adimpleti sunt et habuerunt perfectam agnitionem. Exierunt in fines terrae, ea quae a Deo nobis bona sunt evangelizantes et caelestem pacem hominibus adnuntiantes, —qui quidem et omnes pariter et singuli eorum habentes evangelium Dei..." (III, 1,1; Sagn., 94,20-96,4). La "*perfecta agnitio*" es una doctrina capaz de engendrar al hombre a una vida superior: hacerlo participar en la misma vida de Dios. El Espíritu recibido en Pentecostés es un *poder divino*: "...descenso del poder del Espíritu Santo...", que capacita para una misión de vivificación espiritual a semejanza de la acción vivificante del Señor. Jesucristo en Pentecostés ha hecho vivificante al Cuerpo que es su Iglesia. El Espíritu ya estaba en ella, pero antes de Pentecostés no lo podía comunicar; por el descenso del Espíritu en este día, fiesta que entre los judíos recordaba las alegrías de la cosecha, recibe la Iglesia el ser la prolongación del Cuerpo vivificante de Cristo, y por eso posee el poder de realizar la cosecha espiritual de todos los hombres, vivificándolos e incorporándolos a sí.

³⁴ "...et ungebatur (Jesús en el bautismo) ad evangelizandum humilibus..." (III, 9,3; Sagn., 158, 31). Ya publicado mi anterior artículo (ver *Ciencia y Fe*, 45 (1956), p. 7-42), donde explico este texto, llegó a mis manos el libro de A. HOUSSIAU, *La Christologie de Saint Irénée*, Louvain, 1955. El autor propone sobre mis mismos textos una interpretación interesante,

abundancia de su unción³⁵. El Espíritu haya en la Humanidad del Verbo encarnado su reposo perfecto, y por ella “*se acostumbra a habitar en el género humano, a reposar en los hombres y a morar en la obra modelada por Dios, operando en ellos la voluntad del Padre y renovándolos de su vetustez en la novedad de Cristo*”³³.

El plan del Padre quiere comunicar a los hombres el Espíritu de una manera definitiva. Pero el Espíritu no puede acostumbrarse a morar de una manera permanente y plena en el género humano hasta no encontrar una naturaleza que llene toda la complacencia del Padre. El Hijo haciéndose carne presenta al Padre esa Humanidad santísima sin mancha de imperfección y pecado por estar unida íntima y personalmente al Verbo. El Padre ve en ella todas sus complacencias y la unge con su Espíritu el día fijado por su economía, para que por

distinta de la mía (ver p. 166-186). Sus argumentos, con todo, no me llegan a convencer. No creo, como él dice, que: “*Pour Irénée au contraire, “Jésus” désigne la personne divine, à savoir le Verbe, tandis que le nom “Christ” est attribué à Jésus en raison de l’humanité qu’il a assumée. “Jésus devient Jésus-Christ” veut simplement dire que “le Verbe devient chair” (o.c., p. 185). Como creo ya haber probado, la afirmación de Ireneo: “Sed Verbum Dei, qui est Salvator omnium et Dominator coeli et terrae, qui est Iesus (quemadmodum ante ostendimus), qui et adsumpsit carnem et unctus est a Patre Spiritu, Iesus Christus factus est...*” (III, 9,3; Sagn., 158,2-6) tiene la siguiente explicación: Jesús, que es el Verbo encarnado, al ser ungido con el Espíritu fué hecho Jesu-Cristo, es decir, Espíritu vivificante. Para Ireneo “*Jésus*” designa no simplemente a la persona divina, sino a esta persona *en cuanto ya encarnada*, —“qui et adsumpsit carnem...”; el nombre “*Cristo*” señala a la Humanidad concreta del Verbo *en cuanto capaz de comunicar el Espíritu de vida* a los hombres. El “*unctus est a Patre Spiritu*” no se refiere al momento de la Encarnación del Verbo, sino al bautismo del Verbo encarnado a orillas del Jordán; ver mi anterior artículo, sobre todo p. 27-41.

³⁵ “...Spiritus ergo Dei descendit in eum...” ut de abundantia unctionis eius nos percipientes salvaremur...” (III, 9,3; Sagn., 160,9-11). No hay dificultad en que el Cristo vivificante pueda operar aún antes de su muerte física y temporal y su resurrección: ver Sto. TOMÁS, S. Th., III, p. 66, a. 2, ad 1. “Il est bien vrai que suivant leur régime régulier les sacrements, appelés à prolonger visiblement l’action invisible du Christ mort et ressuscité, ne devaient entrer en action qu’après le sacrifice du Calvaire. Mais du moment où le Sauveur était présent, et présent comme victime déjà consacrée pour le sacrifice, toutes les anticipations demeuraient possibles. Comme il avait le pouvoir de remettre les péchés par sa seule parole, il était libre de justifier par le sacrement du baptême, déjà institué, quoique tenu en réserve pour plus tard, en lui communiquant la vertu qui surabondait dans son coeur...” (F. M. BRAUN, *Le baptême d’après le quatrième Évangile*, Revue Thomiste, 48 (1948), p. 379.

³⁶ III, 17,1; Sagn., 302,26-29.

medio de esa carne se radique el Espíritu de santificación entre los hombres, y mediante ella se opere la renovación del ser humano en la novedad de la vida eterna. El beneplácito amoroso del Padre ha excogitado este medio, para que el hombre pueda llegar a su medida definitiva, que supone la presencia permanente del Espíritu en su ser. El hombre era demasiado débil para acostumbrarse a Dios, por eso el Verbo se “*coinfanta*” para acostumbrar a Dios a él³⁷.

El Verbo ha planeado desde toda una eternidad su descenso real sobre los hombres para darles definitivamente su Espíritu. Toda la historia precedente a su venida ha sido la preparación de este misterio. Se hace presente en la vida cotidiana de Israel comunicando su Espíritu de una manera parcial y profética para que se mantenga vivo y anhelante el verdadero significado del pueblo de Yavé y de la venida del Mesías. Los profetas son los hombres invadidos por el Espíritu divino para mantener conciente el pacto de Yavé y preparar la llegada del Cristo vivificante³⁸. Un único y mismo Espíritu reposa en ellos y en los

³⁷ “*Verbum Dei quod habitavit in homine et Filius hominis factus est, ut adsuesceret hominem percipere Deum et adsuesceret Deum habitare in homine, secundum placitum Patris...*” (III, 20,2; Sagn., 344,3-6). “...Et propter hoc coinfantiatum est homini Verbum Dei cum esset perfectus; non propter se, sed propter hominis infantiam sic capax effectus, quemadmodum illum capere potuit...” (IV, 38,2; II, 295).

³⁸ “*Manifestum est, quia patriarchae et prophetae, qui etiam praefigurarunt nostram fidem, et disseminaverunt in terra adventum Filii Dei, quis et qualis erit uti, qui posteriores erant futuri homines, habentes timorem Dei, facile suscipere adventum Christi, instructi a prophetis...*” (IV, 23,1; II, 230). Basta que el ángel recuerde a José el contenido de una profecía para que este deponga todo temor y reconozca en María la madre del Mesías (IV, 23,1; II, 230). El mismo Jesús cita las profecías para demostrar su misión vivificante: “*Propter hoc autem et ipse Dominus in Capharnaum Esaiæ prophetias legebat: “Spiritus Domini super me, quapropter unxit me, evangelizare pauperibus misit me, curare contribulatos corde, praeconare captivis remissionem, et caecis visionem”. Semetipsum quoque ostendens praenuntiatum per Esaiæ prophetiam, dicebat eis: Hodie adimpleta est Scriptura haec in auribus vestris...*” (IV, 23,1; II, 230). El eunuco de la reina de Etiopía instruido ya en los profetas pide el bautismo, una vez que Felipe le ha mostrado que Jesús de Nazaret es el Mesías: “*Et statim ut baptisavit eum, abscessit ab eo. Nihil enim aliud deerat ei qui a prophetis fuerat praecatechisatus...*” (ibid., II, 231). Lo mismo hicieron los apóstoles con las primeras grandes multitudines que pidieron el bautismo (Act., 2,41-4,4), porque “*habebant timorem ad Deum...*” (ibid.). La razón es clara para Ireneo: “*Inseminatus est ubique in Scripturis eius Filius Dei...*” (IV, 10,1; II, 172); “*Utraque autem testamenta unus et idem paterfamilias produxit, Ver-*

apóstoles de la nueva alianza, pero sólo estos últimos anuncian la realización de la plenitud de los tiempos que trae consigo la adopción filial, la garantía del reino de los cielos y la inhabitación definitiva del Espíritu en todos los que creen en Jesucristo, nacido de la Virgen³⁹.

En el Viejo Testamento el Espíritu se da a los profetas en cuanto necesario para la realización de un ministerio que consiste solamente en anunciar y preparar la venida del Mesías. En la nueva alianza se derrama continuamente y de una manera plena mediante la Humanidad de Cristo y de su Cuerpo que es la Iglesia, para la renovación total y definitiva del hombre⁴⁰.

bum Dei, Dominus noster Iesus Christus, qui et Abrahae et Moysi collocutus est, qui nobis in novitate restituit libertatem, et multiplicavit eam, quae ab ipso est, gratiam..." (VI, 9,1; II, 169; ver también, *Demonstr.* 40, SMITH, p. 73). Y esta gracia que procede del Verbo no es otra cosa que la comunicación del Espíritu hecha proféticamente en la vieja alianza y de una manera plena en la novedad de la regeneración espiritual (ver IV, 20,7-8; II, 218-220). La frase que como de paso ha dicho Ireneo al hablar del bautismo de Jesús, desvela ahora todo su rico contenido: "Spiritus ergo Dei descendit in eum, eius qui (eum) per prophetas promiserat uncturum se eum, ut de abundantia unctionis eius nos percipientes salvemur..." (III, 9,3; Sagn., 160, 9-11).

³⁹ "Unus enim et idem Spiritus Dei, qui in prophetis quidem praecognavit quis et qualis esset adventus Domini, in Senioribus autem interpretatus ost bene quae bene prophetata fuerunt, ipse et in apostolis adnuntiavit plenitudinem temporum adoptionis venisse et proximasse regnum coelorum et inhabitare intra homines credentes in eum qui ex Virgine natus est Emmanuel..." (III, 21,4; Sagn., 358,4-10). Sobre la inspiración profética y el Espíritu, ver J. LEBRETON, *Histoire du Dogme de la Trinité*, Paris, 1928, II, p. 601-603.

⁴⁰ Los mismos valentinianos insisten en esta distinción: "Los valentinianos dicen que el Espíritu que cada uno de los profetas poseía a título especial para la realización de su ministerio, es el mismo Espíritu que se ha derramado sobre todos los pertenecientes a la Iglesia. Por eso, los signos del Espíritu, curaciones y profecías, se realizan en la Iglesia..." (*Extractos de Teodoto*, 24,1. F. SAGNARD, *Sources Chrétiennes*, 23, París, 1949, p. 108). Clemente de Alejandría admite esa afirmación, sólo se apresura a declarar que el Espíritu operante en los profetas y en la Iglesia es de una misma e idéntica substancia: "Pero ignoran que el Paráclito que ahora opera sin solución de continuidad en la Iglesia, es de la misma substancia y del mismo poder que Aquel que operaba continuamente en el Viejo Testamento..." (*Extr. de Teodoto*, 24,2, p. 110). Parece que los valentinianos atribuyen este Espíritu profético a un elemento pneumático, es decir, los profetas en cuanto hablan en función de su ministerio, lo hacen agitados por un elemento pneumático: "Eas vero quae habuerunt semen id quod est ab Achamoth animas, meliores dicunt fuisse quam reliquas: quapropter et plus eas dilectas a Demiurgo, non sciente causam, sed a semetipso putante esse tales. Quapropter et in prophetas, aiunt, distribuebat eas, et sacerdotes, et reges. Et multa de (ὑπο = ab) hoc semine dicta per prophetas exponunt quippe cum altioris naturae esset..." (I, 7,3; I, 62). Lo dicho se hace bien admisible, puesto que los pneumáticos

Con la venida del Verbo encarnado y su bautismo se asegura la permanencia decisiva y total del Espíritu en el seno de la raza adamítica. El Padre muestra en Jesucristo su decisión de mantener su Espíritu para bien de esa raza hasta la consumación de los siglos. El hombre, si se mantiene fiel al Espíritu que Cristo le ha comunicado, tiene en germen toda su perfección, que se desarrolla por un dinamismo intrínseco hasta alcanzar la medida fijada por Dios⁴¹.

quedan, antes de la formación "kata gnosis" realizada con el descenso del Cristo o Salvador superior, en un estado similar al de su madre Sofía, una vez que el Cristo la ha formado sólo "kat'ousian" "Misertum autem eius superiorem Christum, et per crucem extensum, sua virtute formasse formam, quae esset secundum substantiam tantum, sed non secundum agnitionem; et haec operatum recurrere subtrahentem suam virtutem, et reliquisse illam, ut sentiens passionem, quae erga illam esset per separationem pleromatis, concupiscat eorum quae meliora essent, habens aliquam odorationem immortalitatis relictam fragancia de immortalidad" todavía no formada "kata gnosis" sería la fuente inspiradora de los profetas (los "pneumáticos" del V. T.), y así se explicaría la obscuridad misteriosa de su lenguaje por faltarles aún la iluminación intelectual.

⁴¹ Ver V, 12,2; II, 351. Este texto de ninguna manera supone el don de la impecabilidad en el hombre. En la economía actual una cosa es que el Espíritu permanezca siempre con el hombre, rodeándolo por fuera y por dentro, y otra hacerlo impecable. La mente de Ireneo es clara en otros textos: cuantos custodian celosamente su amor hacia el Padre y su Hijo encarnado, Dios los conserva en su comunión (V, 27,2; II, 398). El amor verdadero cumple en todo la voluntad del Padre y se adorna con el brillo de las buenas obras, que brotan como espontáneamente de la fe: "Pues así, dicen los apóstoles, se comportan los fieles cuando en ellos *habita constantemente* el Santo Espíritu, que les ha sido dado por Él (Cristo) con la práctica de la verdad, la santidad, la justicia, y la paciencia..." (*Demonstr.*, 42, SMITH, p. 74). Sólo se puede conservar el Espíritu, si se fructifica en la fe y buenas obras: "Adhuc etiam manifestavit oportere nos cum vocatione et iustitiae operibus adornari ut *requiescat* super nos Spiritus Dei..." (IV, 36,6 II,281). Por eso, los apóstoles exhortan "a guardar el cuerpo sin mancha hasta la resurrección y el alma incorruptible..." (*Demonstr.*, 41, SMITH, p. 74). El pecado conduce a la muerte eterna (IV, 40,1; II, 301), como la vida justa conservada desde el principio, o recuperada por la penitencia, dona la vida eterna (I, 10,1; I, 91). Ver. A. d'ALES, *La doctrine de l'Esprit en St. Irénée*. *Recher. de Scienc. Relig.*, 14 (1924), p. 519-521. Basta estos textos para comprobar que el reposo del Espíritu en el cristiano supone el amor del cristiano a Dios. Mientras este amor es viviente, funciona en el fiel la ley del Espíritu o ley del amor, que va haciendo evolucionar más y más el germen de la perfección depositado en el neófito el día del bautismo. Sólo el pecado destroza este amor, pues arroja al Espíritu fuera del hombre. Pero el Espíritu queda en su Iglesia y desde allí está como acechando y solicitando al pecador, para ver si lo puede mover a penitencia y penetrar así nuevamente en él. En todo este planteo se ve la misericordiosa iniciativa del Amor divino. En la conciencia profunda del cristiano en cuanto poseído por el Espíritu se descubre un dinamismo hacia una certeza existencial, por supuesto falible

Ireneo presenta como efecto del bautismo del Señor el reposo definitivo del Espíritu en la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo. Afirma que rodea al hombre por fuera y por dentro, pues, reposando para siempre en su Iglesia, debe entrar necesariamente en contacto con el hombre de una u otra manera ⁴².

El Espíritu vivificante, en oposición al aliento de vida que no puede ser eterno, hace espiritual y eterno al que lo recibe ⁴³, y es propio de los que pisotean las concupiscencias terrenales. Por este Espíritu derramado en los últimos tiempos se ofrece al género humano el ser hijos adoptivos de Dios. Solamente el que acepta y toma este Espíritu vivificante logra la vida de la salud eterna. Es el gran don definitivo que trae el Verbo encarnado a los hombres ⁴⁴.

La imagen de Jesucristo vivificante y la presencia permanente del Espíritu que nunca abandona al hombre, alude implícitamente a la Iglesia ⁴⁵. Por este reposo del Espíritu Jesucristo la ha hecho la continuadora de la obra vivificadora, que él realiza sobre los hombres con la comunicación del Espíritu. Ella conserva permanente y definitivamente al Espíritu presente “fuera” y “dentro” de los hombres, porque es el Cuerpo vivifi-

en un campo esencial, de un estado de seguridad en el amor de Dios, fruto del reposo del Espíritu, cuya expresión más alta es el santo. Ver S. LYONNET, *Liberté chrétienne et Loi de l'Esprit*, Christus, 4 (1954), p. 6-27.

⁴² Ver V, 12,1-2; II, 350-351.

⁴³ “Expulsa est autem pristina vita, quoniam non per spiritum, sed per afflatum fuerant data. Aliud emin est afflatus vitae, qui et animalem efficit hominem: et aliud Spiritus vivificans, qui et spiritalem efficit eum...” (V, 12,1; II, 350).

⁴⁴ “Hanc (es decir, nuestra carne muerta por el pecado y, por lo tanto, heredera de la muerte) itaque Dominus venit vivificaturus, uti quemadmodum in Adam omnes morimur, quoniam animales, in Christo vivamus, quoniam spiritales: deponentes non plasma Dei, sed concupiscentias carnis, et assumentes Spiritum Sanctum...” (V, 12,3; II, 352).

⁴⁵ En otro pasaje Ireneo lo dice explícitamente. Habla del martirio y afirma que la Iglesia, lo mismo que los profetas, será perseguida, porque en ella de una manera nueva y perfecta reposa el mismo Espíritu profético, por el que los profetas sufrieron persecución: “...quemadmodum Dominus ait: Sin enim Spiritus requiescens super eam (Ecclesiam), ab his qui non recipiunt Verbum Dei, persecutionem patitur. Quod quidem prophetae cum reliquis quae prophetabant et hoc prophetaverunt, quoniam super quoscumque requieverit Spiritus Dei, et obdixerint verbo Patris, et secundum virtutem servierint ei, persecutionem patientur, et lapidabuntur, et occidentur. In semetipsis enim haec omnia praefigurabant prophetae, propter dilectionem Dei et propter verbum eius...” (IV, 33,9; II, 264).

cante de Cristo. El hombre considerado como un ser singular no siempre tiene necesariamente este Espíritu “dentro”. El Padre ha condicionado este don de lo alto a la aceptación humilde de la fe y a la práctica de las buenas obras ⁴⁶. Pero sobre el infiel y el pecador el Espíritu obra “desde fuera”, porque ellos entran en contacto de una u otra manera con ese inmenso Cuerpo vivificante de Cristo que es la Iglesia. Así se explican todos esos carismas, gracias de predicación y misericordia, intervenciones y signos providenciales y milagrosos que la Iglesia recibe para el crecimiento y perfección de su Cuerpo místico.

Ireneo confirma en otro pasaje esta misma idea. Toda la historia de la conversión del centurión Cornelio ⁴⁷ es una prueba de esa presencia del Espíritu. Pedro los bautiza, porque el Espíritu se manifiesta por medio de ellos ⁴⁸. Los que piden el bautismo son paganos; en ellos no habita todavía el Espíritu porque aun no han sido regenerados por el agua bautismal. El ambiente judío-cristiano se muestra más bien receloso y adverso a admitir gentiles dentro de la Iglesia. Pero en esos hombres el Espíritu ha mostrado sus carismas: signo seguro de que el Cuerpo de la Iglesia está en contacto con ellos, y ha recibido de los mismos el obsequio de la fe.

Este Espíritu, que para Ireneo es siempre único y el mismo, ya se trate de Espíritu profético, Espíritu de Dios, Espíritu de Cristo o Espíritu de la Iglesia, está todavía por fuera de esos hombres,—el carisma no supone necesariamente la renovación interior—, pero ya se ha manifestado en ellos y frente a esa realidad caen todos los recelos y nadie hay que objete la administración del bautismo ⁴⁹.

La Iglesia por poseer el Espíritu de Cristo *toca* con su Cuerpo vivificante a infieles y pecadores, invitándolos a vivir

⁴⁶ Ver n. 41.

⁴⁷ Act., 10,1-48.

⁴⁸ Act., 10,44-48. “Sic aeque ne baptisma quidem facile dedisset nisi Spiritu Sancto requiescente super eos prophetantes eos audisset. Et propter hoc dixit: Numquid aliquis aquam vetare potest ad baptizandum hos, qui Spiritum Sanctum acceperunt quemadmodum nos?...” (III, 12,15; Sagn., 250,9-18).

⁴⁹ “...suadens simul his qui secum erant et significans quoniam nisi Spiritus Sanctus super eos requievisset, existeret qui eos prohiberet a baptisate...” (III, 12,15; Sagn. 250; 19-24).

su misma vida. Si el hombre responde con la fe y la conversión, es incorporado a ella y comienza a participar de ese mismo Espíritu, que se reposa ahora internamente en él. Son, por lo tanto, dos aspectos de un mismo y único Espíritu. En su aspecto profético, apostólico y carismático acaricia solamente al hombre y lo abraza como de fuera⁵⁰, acompañando a menudo su presencia con signos y portentos. En su aspecto vivificante penetra silenciosamente y plenifica a todo el hombre⁵¹, y trae consigo el permanente reposo de su paz⁵². Son dos misiones de un mismo Espíritu en el seno de la Iglesia: el carismático, —lo tomamos en un sentido genérico—, para hacer crecer el Cuerpo de la Iglesia; el vivificante, para hacer participar a los hombres en la vida de Dios.

Este Espíritu lo recibe la Iglesia de una manera definitiva el día de Pentecostés⁵³, y es el mismo Espíritu que Jesús ha

⁵⁰ "περίλαβον ἔξωθεν" (V, 12,2; II, 351). "Neque ab iis omnis vita recedit, qui licet caritatem divinamque gratiam peccando amiserint, atque adeo superni promeriti iam non capaces evaserint, fidem tamen christianamque spem retinent, ac caelesti luce collustrati, intimis Spiritus Sancti suasionibus impulsionibusque ad salutarem instigantur timorem, et ad precandum sui que lapsus paenitentium divinitus excitantur..." (*Mystici Corporis Christi*, Act. Apost. Sedis, 35 (1943), p. 203). Algo similar se puede decir de los infieles que no pertenecen todavía al Cuerpo de la Iglesia.

⁵¹ "περίλαβον ἐνδοθεν" (V, 12,2; II, 351).

⁵² "...Post enim spiritum qui conterit montes, et post terrae motum, et post ignem, tranquilla et pacifica regni eius adveniunt tempora, in quibus cum omni tranquillitate Spiritus Dei vivificat et auget hominem..." (IV, 20,10; II, 221).

⁵³ "Hunc Spiritum petiit David humano generi dicens: "Et Spiritu principali confirma me". Quem et descendisse Lucas ait post adscensum Domini super discipulos in Pentecoste, habentem potestatem omnium gentium ad introitum vitae et ad apertionem novi Testamenti; unde et, omnibus linguis conspirantes hymnum dicebant Deo, Spiritu ad unitatem redigente distantes tribus et primitias omnium gentium offerente Patri. Unde et Dominus pollicitus est mittere se Paraclitum qui nos aptare Deo..." (III, 17,2; Sagn., 304, 1-11). La Iglesia existe en cuanto brotada del costado abierto de Cristo crucificado, pero todavía le falta el poder de vivificar a los hombres comunicándoles al Espíritu. Es santa porque posee el Espíritu, pero es santificante desde que es hecha la prolongación del Cuerpo vivificante de Cristo, es decir, desde Pentecostés (ver *Mystici Corporis Christi*, A.A.S., 35 (1943), p. 198-199). El Espíritu recibido por la Iglesia muestra en seguida su presencia vivificante: dando el poder de introducir a todos los hombres en la vida eterna y descubriendo el sentido del Nuevo Testamento, y carismática, haciéndolos prorrumper en un himno de alabanzas en todas las lenguas (ver Act., 2,4); himno simbólico que expresa la unificación de todos los hombres, que como cristianos empiezan a hablar una sola lengua, la del Espíritu, réplica misericordiosa de la confusión de lenguas en la construcción de la torre de

recibido el día de su bautismo⁵⁴. La Iglesia, Cuerpo de Cristo, se va edificando a imitación de su divina Cabeza, que es su Ejemplar y la razón de su eficiencia vivificante⁵⁵.

3.—Efecto del reposo del Espíritu: en Cristo, en la Iglesia, en el Hombre

La Humanidad de Jesucristo fué constituida en su bautismo el camino definitivo por el cual ha de realizarse la renovación del hombre. Por eso, a orillas del Jordán el Espíritu la ilumina⁵⁶, la hace fragante con su aroma⁴⁷, es decir, la hace

Babel (Gén., 11,1-9), símbolo del desorden del género humano, que renegó del Espíritu. El señor, al dar a su Iglesia su Espíritu, le confía la misión de adaptar los hombres a Dios. Esta adaptación es la unificación de todos en Cristo, y su principio unificador es el Espíritu, cuya comunicación es confiada a la misma Iglesia (ver III, 17,2; Sagn., 304, 10-17). La Iglesia vivificante —pentecostal—, abraza y penetra al hombre "de fuera y de dentro" por medio de la efusión y manifestación de su Espíritu. Sobre la santidad de la Iglesia, ver P. NAUTIN, *Je crois à l'Esprit Saint dans la Sainte Eglise pour la Résurrection de la chair*, París, 1947.

⁵⁴ Es la conclusión que se deduce de todo el texto. Jesucristo recibe al Espíritu en el bautismo para redimir y renovar al hombre, y entrega ese mismo Espíritu a su Iglesia en Pentecostés para prolongar su misión salvadora hasta el fin de los siglos: "...in omni autem terra fieri ros, quod est Spiritus Dei, qui descendit in Dominum..., quem ipsum iterum dedit Ecclesiae, in omnem terram mittens de coelis Paraclitum..." (III, 17,3; Sagn. 306, 11-17). En el día de Pentecostés los apóstoles son llamados a una cosecha de hombres para que los ofrezcan como las verdaderas primicias al Padre en lugar de los frutos de la tierra, a los que se refiere el antiguo ritual judío de esta festividad: "...et primitias omnium gentium offerente Patri..." (III, 17,2; Sagn., 304, 9; ver Rom., 15,16).

⁵⁵ "Le lieu où s'exerce cette génération perpétuelle de a nouvelle Eve, l'Ecclesia-Sponsa, est l'Eglise et spécialement la divine hiérarchie, les sacrements, dans laquelle les énergies divines et vivifiantes du pneuma, qui communiquaient à Adam une vie incorruptible, sont à nouveau présentes..." (J. DANIELOU, *Terre et Paradis chez les Pères de l'Eglise*, Eranos-Jahrbuch, 22 (1954), p. 461).

⁵⁶ El descenso del Espíritu sobre el Señor lo representa Ireneo con la plenitud de los siete dones. Cada uno de ellos corresponde a uno de los siete cielos simbólicos, cuyo conjunto representa la semana como símbolo del mundo presente en oposición al que está por venir; (sobre el origen judío de esta tradición, ver H. BIETENHARD, *Die himmlische Welt im Urchristentum und Spätjudentum*, Tübingen, 1951). El Espíritu reposa en Cristo hasta la consumación de los siglos para que Él realice en esta tierra su misión vivificante (ver *Demonstr.*, 9, SMITH, p. 53). El cielo más externo, que es el del hombre, "está lleno del temor del Espíritu, que ilumina los cielos" (ibid.). El texto, como hemos visto (ver n. 31) alude claramente al bautismo de Jesús. En el pasaje aparecen dos elementos relacionados con una antigua tradición eclesíástica que habla de los fenómenos de resplandor y fuego producidos a orillas del Jordán en el momento del bautismo del Señor (ver E. FABBRI,

vivificante⁵⁸. Por el reposo permanente del Espíritu Jesucristo es establecido la "economía definitiva" del Padre en la redención de los hombres; a su imitación y bajo su influjo el hombre simboliza por su descenso en las aguas bautismales su muerte a su anterior vida; y por su ascenso de ellas, su resurrección renovadora como hijo de Dios. Tocar las aguas bautismales es como tocar el Cuerpo vivificante de Cristo.

Por el reposo del Espíritu en el Señor, su santa Humanidad es constituida el único, definitivo y universal medio de vivificación y santificación. Pero actualmente la Iglesia presenta al hombre el Cuerpo vivificante de Cristo, o mejor, es ella la prolongación real y misteriosa de ese mismo Cuerpo vivificante, en la cual el Padre ha dispuesto que se realice toda participación en el Espíritu del Señor. Como tal tiene la misma eficiencia de su divina Cabeza, pero el reposo del Espíritu en ella se caracteriza por una especial modalidad que Ireneo se encarga de hacer resaltar.

El bautismo de Jesús en el Evangelio de los Hebreros..., Revista de Teología (La Plata), 22 (1956), p. 36-55). El Espíritu muestra a Cristo como la luz salvadora del mundo. Todo el universo está iluminado por esta luz que se ofrece al hombre mediante la Humanidad vivificante de Jesucristo. Frente a ella surge una reacción de temor que puede ser un principio de sabiduría, si el hombre da su humilde consentimiento a esa invitación resplandeciente, que ya empieza a presentir. Los "ojos de la fe" son como deslumbrados ante el primer contacto con esa luz. Sólo la recepción del bautismo habitúa gradualmente al cristiano a ese resplandor del Espíritu que ya ilumina a su ser y lo habita. Las antiguas comunidades cristianas llamaban a Jesucristo "*Sol salutis*", y se explica la razón. La Humanidad de Cristo iluminada por el Espíritu se refleja en su sublime doctrina y signos portentosos de su vida pública, en la oscuridad luminosa de su pasión y muerte, en la eclosión desbordante de luz de su resurrección y triunfo. Con su *glorificación* toda su obra penetra en un plano trascendental, y el Cristo iluminado plenamente por el Espíritu y hecho resplandeciente es el definitivo y permanente *Sol de vida* para todas las generaciones que le precedieron y que le siguen: "Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por todos los siglos" (Hebr., 13,8). Ireneo hace del sol el símbolo de la predicación cristiana y supone implícitamente a Cristo como la luz del mundo: "...sed sicut sol creatura Dei in universo mundo unus et idem est; sic et praedicatio veritatis, ubique lucet et illuminat omnes homines, qui volunt ad cognitionem veritatis venire..." (I, 10,2; I, 93). Ver F. J. DOELGER, *Sol salutis*, Münster, 1925; P. LUNDBERG, *La Typologie baptismale dans l'Ancienne Eglise*, Leipzig-Upsala, 1942, p. 167-178.

⁵⁷ Véase la cita que hace Ireneo de II Cor., 2, 15-16 (IV, 28,3; II,246).

⁵⁸ Ver E. FABBRI, *El Bautismo de Jesús y la Unción del Espíritu en la Teología de Ireneo*, Ciencia y Fe, 45 (1956), p. 7-42.

Por voluntad del Padre el don del Espíritu se ha diseminado en los últimos tiempos en todo el género humano⁵⁹. La Iglesia ha recibido el Espíritu para poder llevar efectivamente a los hombres al Padre. Ireneo expresa esta concepción bajo la imagen de las alas.

La Iglesia está extendida por toda la tierra. Su columna y sostén es el Evangelio, —revelación del Padre por medio del Hijo encarnado; y el Espíritu de vida, o, en otros términos, la participación en la vida divina que se recibe por la aceptación plena del Evangelio⁶⁰. El Espíritu de vida descende sobre la Iglesia posándose sobre ella como un águila con las alas extendidas⁶¹. Entre Él y el Evangelio existe una mutua interacción. El Evangelio lo revela como el don definitivo y pleno de esa misma vida que alimentaba el profetismo; y el Espíritu da al Evangelio sus alas, para que el hombre escuchando la revelación del Verbo encarnado obtenga el medio para realizar su ascensión hacia el Padre⁶². El Evangelio revela a Cristo y

⁵⁹ "Alii vero ut *donum* Spiritus frustrentur quod in novissimis temporibus secundum placitum Patris effusum est in humanum genus..." (III, 19,9; Sagn., 202, 23-25). La alusión a Pentecostés es suficientemente clara. Por eso, la Iglesia es depositaria del don del Espíritu, y toda manifestación carismática se hace en su seno: algunos herejes al rechazar el Evangelio de Juan, "...simul et Evangelium et propheticum repellunt Spiritum. Infelices vere, qui pseudoprophetae quidem esse nolunt, propheticam vero gratiam repellunt ab Ecclesia..." (III, 11,9; Sagn., 202, 27-204,1). Pecar contra este Espíritu es cometer el pecado irremisible: "Per haec igitur omnia peccantes in Spiritum Dei in irremissibile incidunt peccatum..." (III, 11,9; Sagn., 204,7).

⁶⁰ "Quoniam enim quattuor regiones mundi sunt in quo sumus et quattuor principales spiritus et disseminata est Ecclesia super omnem terram, columna autem et firmamentum Ecclesiae est Evangelium et Spiritus vitae, consequens est quattuor habere eam columnas undique, flantes incorruptibilitatem et vivificantes homines. Ex quibus manifestum est quoniam qui est omnium Artifex Verbum, qui sedet super Cherubim et continet omnia, declaratus hominibus dedit nobis quadriforme Evangelium, quod uno Spiritu continetur..." (III, 11,8; Sagn., 192,27-194,16).

⁶¹ "...quartum vero similem aquilae volantis, Spiritus in Ecclesiam advolantis gratiam manifestans..." (III, 11,8; Sagn., 196,8-12). Resalta claramente la idea de la recepción de un don por parte de la Iglesia.

⁶² Según Ireneo el Evangelio de Marcos al simbolizar al Espíritu profético como precipitándose e invadiendo los hombres: "Marcus vero a prophético Spiritu ex alto adveniente hominibus..." (III, 11,8; Sagn. 198, 22-24), presenta la revelación de Cristo: "volatitem et pennatam imaginem Evangelii..." (III, 11,8; Sagn., 198,28-200,1); es decir, no sólo como una gnosis doctrinal, sino como una fuerza capaz de hacer ascender hacia Dios. Este es el fin de la definitiva economía del Padre: "...quartum vero quod renovat hominem et recapitulat in se omnia, quod est per Evangelium, elevans et pennigerans homines in coeleste regnum..." (III, 11,9; Sagn., 202,3-8).

con él otorga al Espíritu. La predicación del Evangelio trae consigo el ofrecimiento del don del Espíritu, que son las alas con que el Señor cubre a los hombres para hacerlos ascender al Padre⁶³. Las alas del Señor son el Espíritu de vida⁶⁴. Con ellas Jesucristo protege al cristiano por toda la redondez de la tierra⁶⁵. La imagen supone una presencia misteriosa de Cristo cubriendo al cristiano con sus alas para elevarlo al reino del Padre. Todo el contexto descubre quién es ese Cristo que predica el Evangelio y disemina al Espíritu por todo el mundo. El Espíritu es el don confiado a la Iglesia. Evangelio y Espíritu

⁶³ "Et ipsum autem Verbum Dei... post deinde nobis homo factus, munus coelestis Spiritus in omnen misit terram, protegens nos alis suis..." (III, 11,8; Sagn., 200,6-17). Esta predicación del Evangelio confiada a la Iglesia la repite Ireneo en otro texto más amplio: "Et Ecclesiae quidem praedicatio vera et firma, apud quam una et eadem salutis via in universo mundo ostenditur. Huic enim creditum est lumen Dei, et propter hoc sapientia Dei, per quam salvat omnes homines... Ubique enim Ecclesia praedicat veritatem; et haec est "eptámichos" lucerna, Christi bajulans lumen... Confugere autem (oportet) ad Ecclesiam, et in eius sinu educari, et dominicis Scripturis enutriri. Plantata est enim Ecclesia Paradisus in hoc mundo. Ab omni ergo ligno Paradisi escas manducabitis, ait Spiritus Dei, id est, ad omni Scriptura dominica manducat: super elato autem sensu ne manducaveritis, neque tetigeritis universam haereticam dissensionem..." (V, 20,1; II, 378). La predicación es la "lumen Dei", o mejor, la "lumen Christi". La Iglesia es el candelabro de siete brazos que porta esa luz. El número siete podría ser una referencia a los días de la semana en oposición a la "ogdóada", día del Señor: en tal caso, contamos con una referencia a la Iglesia de este mundo, la Iglesia militante, cuyo oficio es iluminar a los hombres con la predicación y comunicar el Espíritu de vida hasta la consumación de los siglos. La suposición se hace consistente, al ver que Ireneo llama a la Iglesia el "Paraiso en este mundo", y afirma que en su seno somos educados y alimentados con la Sagrada Escritura. Son propiamente las características de la Iglesia en cuanto pedagoga del hombre en su itinerario hacia el Padre.

⁶⁴ "σπελάζων ἡμῖς ταῖς ἐαυτοῦ πτέρυξιν" dice Ireneo en el texto griego que ha llegado a nuestras manos (III, 11,8; Sagn., 200,16).

⁶⁵ Ireneo expresa la relación entre el Cristo personal y la Iglesia al explicar la parábola de los viñadores infieles (Mt., 21,33-42): "Haec praecognantes prophetae, fructum petebant iustitiae. Non credentibus autem illis, novissime Filium suum misit Dominum nostrum Iesum Christum, quem cum occidissent mali coloni, proiecerunt extra vineam. Quapropter et tradidit eam Dominus Deus non iam circumvallatam, sed expansam in universum mundum aliis colonis, reddentibus fructus temporibus suis, turre electionis exaltata ubique et speciosa. Ubique enim praeclara est Ecclesia et ubique circumfossum torcular: ubique enim sunt qui suscipiunt Spiritum. Quoniam enim Filium Dei reprobaverunt, et proiecerunt eum, cum eum occidissent, extra vineam, iuste reprobavit eos Deus, et extra vineam existentibus gentibus dedit fructificationem culturae... Unus ergo et idem Deus Pater, qui plantavit vineam, qui populum eduxit, qui prophetas misit, qui Filium suum misit, qui vineam dedit aliis colonis, his qui reddunt fructus in temporibus suis..." (IV, 36,2; II, 278). Hay una exacta ecuación entre Iglesia y recepción del Espíritu.

de vida son su columna y firmamento. El Espíritu sirve de alas al hombre para que éste se pueda elevar hacia el Padre. Cristo concede estas alas por medio de su Iglesia, que es su Cuerpo vivificante. En la Iglesia, por lo tanto, encuentra el hombre las alas, es decir, el Espíritu de vida que le permite ascender a Dios. Por eso Ireneo llama a la Iglesia "alífera" (πτερωτική), pues es capaz de elevar al hombre proporcionándole alas para subir al Padre⁶⁶.

La Iglesia es alada mientras haya hombres que llevar hacia el Padre, de la misma manera que Cristo es vivificante mientras haya hombres que salvar. En el gozo final de la visión se dará el reposo definitivo, y el Espíritu que opera en el cristiano cambiará su modalidad⁶⁷. Lo que ha sido economía de ascenso en el cristiano "peregrinante", será una economía de unión en el cristiano que ya goza de la visión del Padre. En esta economía de ascenso el Espíritu reposa en el cristiano en cuanto tal de una manera permanente. Como no es todavía el reposo final de la visión, se trata de determinar lo que Ireneo ve propiamente como específico en este reposar del Espíritu en el fiel que sube al Padre.

El reposo del Espíritu en el hombre ha sido el don de Cristo. Se caracteriza por una renovación total que purifica

⁶⁶ "...elevans et pennigerans homines in caeleste regnum" (III, 11,9; Sagn., 202,6-8). Sobre el uso que hacen los gnósticos del simbolismo de las alas, véase A. ORBE, *Variaciones gnósticas sobre las alas del Alma*, Gregorianum, 35 (1054), p. 18-55. Por esto mismo, Ireneo llama también a la Iglesia "scala ascensionis ad Deum" (III, 24,1; Sagn. 400,2), donde claramente se descubre su íntima relación con el don del Espíritu: "Ubi enim Ecclesia, ibi et Spiritus Dei; et ubi Spiritus Dei, illic Ecclesia et omnis gratia..." (III, 24,2; Sagn., 400, 9-10); ver también V, 18,1; II, 374). Esta pureza de la Iglesia como conductora del hombre en su ascensión al Padre la expresa Ireneo en otro delicado texto, ver II, 32,4; I, 375.

⁶⁷ Hacer del Espíritu un medio necesario para que el cristiano pueda subir al Padre, no es subordinar el Espíritu al hombre. Ningún mortal puede, en efecto, alcanzar su real y verdadero fin sobrenatural, si el mismo Dios no le ayuda y vivifica sobrenaturalmente. Esta idea corre a lo largo de toda la obra de Ireneo. En el cristiano sólo se da una variación en la manera de participar en la vida divina: recibe primero el Espíritu en el ámbito de la fe, susceptible de crecimiento y de pérdida, y, terminada su "peregrinación", lo posee en la visión de una manera plena y definitiva. Pero el Espíritu es siempre el mismo, que no necesita del hombre y que se le da, porque Dios es amor: "Quae enim est in Deo caritas, dives et sine invidia existens plura donat quam postulat quis ab ea", dice Ireneo en el prólogo de su III libro (Sagn., 92, 18-19).

cuerpo y alma de todos los pecados y reatos de culpa, una participación en la vida divina que es garantía de la vida eterna. Una iluminación de todo el ser para comprender la revelación del Padre y seguir el camino del Señor. Un germen seguro de perfección que, si no encuentra obstáculo, lleva necesariamente al cuerpo y alma del cristiano a la medida fijada por la voluntad de Dios. Con el don del Espíritu Dios ha sellado un pacto con el cristiano, y de parte suya no fallará⁶⁸. Como se ve, hay un elemento futuro en este reposo del Espíritu. Todavía no se es plenamente lo que se llegará a ser, si se deja al Espíritu obrar libremente. El cristiano no goza todavía del reposo de la visión. El poseer el Espíritu es para él un reposar en la esperanza de llegar a ver a Dios. Y en esto consiste propiamente el núcleo del reposo del Espíritu en el hombre, mientras viva en el ámbito de la fe⁶⁹. Se explica así que Ireneo llame al obedecer

⁶⁸ Ver V, 9, 3-4; 10,1; II, 343-345.

⁶⁹ Al establecer Ireneo un progreso indefinido en el hombre, que supone un "milenio" de maduramiento, antes de poder gozar de la visión de Dios, el reposo definitivo no coincide con su muerte terrenal. El justo ya resucitado tendrá que sujetarse aún a una nueva pedagogía, antes de lograr el don plenificante de la visión del Padre: "...in qua (resurrectione) regnabunt iusti in terra, crescentes ex visione Domini, et per ipsum assuescent capere gloriam Patris, et cum sanctis angelis conversationem et communionem, et unitatem spiritualium in regno capient..." (V, 35,1; II, 424). Este reposo es como un sentarse a la mesa del Padre, como la celebración de unas bodas, que preludian la unión por la visión: "...Manifestabatur autem et tamquam de ea quae facta sunt, requietio Dei, hoc est, regnum, in quo requiescens homo ille qui perseveraverit Deo assistere, participabit de mensa Dei..." (IV, 16,1; II, 190); "...adducens autem (Dominus) iustus regni tempora, hoc est requietionem, septimanam sanctificatam; et restituens Abrahae promissionem haereditatis; in quo regno, ait Dominus, multos ab oriente et ab occidente venientes, recumbere cum Abraham, Isaac et Iacob..." (V, 30,3; II, 410); "Haec sunt in regni temporibus, hoc est in septima die, quae est sanctificata, in qua requievit Deus ab omnibus operibus quae fecit, quae est verum iustorum sabbatum, in qua non facient omne terrenum opus; sed adjacentem habebunt paratam mensam a Deo, pascentes eos epulis omnibus..." (V, 33,2; II, 416). Tal parece ser el esquema fundamental de Ireneo: 1) reposo del cristiano en la vida de la fe; 2) reposo del justo ya difunto en el refrigerio del seno de Abraham; 3) resurrección del cuerpo y reposo en el día del Señor sobre la tierra renovada: milenio; 4) reposo definitivo de la Jerusalén celestial en la visión del Padre: el día eterno de Dios. Es dogma de fe que la visión comienza tan pronto el alma del justo, purificada de todo reato de culpa y de pena, entra en el cielo. El reposo definitivo puede, por lo tanto, comenzar inmediatamente después de la muerte. Pero, conviene no olvidar que muchos teólogos admiten un crecimiento esencial de la beatitud con la resurrección de los cuerpos (ver H. LENNERZ, *De Novissimis*, 1950, p. 39, n. 54; p. 137, n. 224). Aunque no se pueda ya admitir

y sujetarse a Dios, el reposo eterno⁷⁰. No porque el cristiano goce ya en esta tierra del reposo de la visión por el solo hecho de cumplir el plan divino, sino porque guardando su orden y dejándose adornar y alimentar por su arte, posee la esperanza cierta de subir a lo perfecto, es decir, participar fácticamente en la gloria de Dios⁷¹.

Entre estos dos reposos Ireneo no establece ninguna continuidad. El uno está orientado al otro, el dinamismo de la fe marcha hacia el puerto seguro de la visión. El cristiano siempre participa del mismo Espíritu que reposa en él. Es, en efecto, la participación en la vida divina la que alimenta su esperanza

en todo la concepción de Ireneo, su distinción entre "reposo en la esperanza de la visión" y "reposo final en la visión del Padre" es completamente valedera; mucho más, en cuanto que considera al primer reposo como las arras ciertas del segundo. Sobre el reposo en la "ogdóada" como opuesto a los siete días de la semana y su relación con el milenarismo, ver J. DANIELOU, *La typologie millénariste de la semaine dans le christianisme primitif*, Vigiliae Christianae, 2 (1948), p. 1-16.

⁷⁰ "Subiectio autem Dei requietio est aeterna..." (IV, 39,3; II, 300). Es decir, la fidelidad a Dios garantiza la permanencia del Espíritu, que confiere las arras del reposo final: ver IV, 16,1; II, 190; IV, 36,6; II, 282.

⁷¹ "Oportet enim te primo quidem ordinem hominem custodire, tunc deinde participare gloriae Dei. Non enim tu Deum facis, sed Deus te facit. Si ergo opera Dei es, manum artificis tui expecta opportune omnia facientem: opportune autem, quantum ad te attinet, qui efficeris. Praesta ei autem cor tuum molle et tractabile, et custodi figuram quae te figuravit artifex, habens in temetipso humorem, ne induratus amittas vestigia digitorum eius. Custodiens autem compaginationem ascendes ad perfectum: ab artificio enim Dei absconditur quod est in te lutum. Fabricavit substantiam in te manus eius: liniet te ab intus et a foris auro puro et argento, et in tantum ornabit te, ut et ipse Rex concupiscat speciem tuam. Si vero statim obduratus respuas artem eius, et ingratus existas in eum, quoniam homo factus es, ingratus Deo factus, simul et artem eius et vitam amisisti. Facere enim proprium est benignitatis Dei; fieri autem proprium est hominis naturae. Si igitur tradideris ei quod est tuum, id est, fidem in eum et subiectionem, recipies, eius artem, et eris perfectum opus Dei. Si autem non credideris ei, et fugeris manus eius, erit causa imperfectionis in te qui non obedisti, sed non in illo qui vocavit. Ille enim misit, qui vocare ad nuptias; qui autem non obediunt ei, semetipsos privaverunt regia coena..." (IV, 39,2; II, 299). Se habla del reposo definitivo del hombre y de su obtención por medio del buen uso de la libertad. La perfección final está en el logro del "lumen paternum incorruptibilitatis". Los imperfectos son arrojados en las tinieblas, pero por su propia culpa han perdido esta luz (ver IV, 39,3; II, 299-300). El "lumen incorruptibilitatis" es el don de la incorrupción y de la vida inmortal, frutos de la visión del Padre (ver IV, 20,4; II, 216). En el texto citado en esta nota no se habla expresamente del Espíritu, pero su presencia se descubre: el cristiano puede conservar la figura que le ha impreso Dios, porque posee una cierta humedad: "habens in temetipso humorem", que es el sello del Espíritu en su alma. Esta "humedad" es la vocación a la vida sobrenatural impresa por Dios en el ser humano el mismo día que lo creó: "Custodiens autem compaginationem ascendens ad perfectum: ab artificio enim Dei

cierta del reposo de la visión y la que sostendrá eternamente al hombre en la contemplación facial del Padre. El cristiano es en germen por la fe, la esperanza y la caridad lo que será plenamente por la visión; y es el mismo Espíritu que hace factible al hombre este enraizarse en Dios y crecer en Él hasta llegar a la medida perfecta⁷². Sólo el reposo permanente del Espíritu en la Iglesia, Cuerpo místico del Señor, garantiza al cristiano la eclosión final de su vida escondida en Cristo, en los eternos

absconditur quod est in te lutum..." La participación real en la misma vida divina la expresa por la posterior obra de ornato realizada por el mismo Espíritu en el hombre: "...liniet te ab intus et a foris auro puro et argento, et in tantum ornabit te, ut et ipse Rex concupiscat speciem tuam..." En este adorno del hombre hecho por dentro y por fuera con oro y plata purísimos se puede ver una alusión al Espíritu que abraza y rodea al hombre (V, 12,2; II, 351; ver p. ...), como también una clara referencia al arca de la alianza (Fragm. griego VIII, II, 479). El "arte de Dios" en ese mismo texto es la obra especial que realiza en el hombre para que éste se haga perfecto: es el Padre *manipulando* cuidadosamente la obra de sus manos, es decir, modelando al hombre por medio del Verbo encarnado y del Espíritu: "Si igitur tradideris ei quod est tuum, id est, fidem et subiunctionem, recipies eius artem, et eris perfectum opus Dei. Si autem non credideris et fugeris manus eius..." Basados en toda la teología de Ireneo se puede concluir que participar en la vida divina es poseer el Espíritu de Cristo, y participar en la gloria de Dios es gozar de la visión del Padre.

⁷² Ireneo llama perfecto a hombre en cuanto en él reposa el Espíritu: "Perfecti igitur, qui et Spiritum in se *perseverantem* habuerit Dei..." (V, 6,1; II, 335). La razón es clara: el cristiano, mientras permanece bajo el gobierno e influjo interior del Espíritu, tiene en germen todo lo necesario para reproducir en sí la "imagen y semejanza" de Dios (ver V, 6,1-2; II, 333-336), y llegar al reposo final de la visión: "...deinde per Spiritum surgentia fiunt corpora spiritalia, uti per Spiritum semper *permanentem* habeant vitam. Nunc, enim, inquit, ex parte cognoscimus, et ex parte prophetamus: tunc autem facie ad faciem... Facies enim nostra videbit faciem Domini, et gaudebit gaudium inenarrabili, videlicet cum suum videat gaudium..." (V, 7,2; II, 338). En un texto Ireneo parece insinuar el sacramento de la Confirmación como un nuevo y especial don del Espíritu al cristiano bautizado: "...Quemadmodum igitur Apostolus poterat dare escam; quibuscumque enim imponebant Apostoli manus, accipiebant Spiritum Sanctum, qui est esca vitae, illi autem non poterant percipere illud, quoniam infirmum adhuc et inexercitabilem sensum erga Deum conversationis habebant..." (IV, 38,2; II, 294). Habla, en efecto, basándose en s. Pablo (I Cor., 3,2) y los Hechos (8,17) de una alimentación propia de infantes para los cristianos que todavía no estaban preparados para recibir al Espíritu por la imposición de las manos. Si así fuera, sería uno de los primeros testimonios del aspecto perfectivo de este sacramento, como complemento de la perfección del cristiano incoada en el bautismo (ver J. CREHAN, *The sealing of Confirmation*, Theological Studies, 14 (1953), p. 275-279). Aparece en este texto el aspecto de robustez viril y perfección cristiana como testificación pública de la doctrina de Cristo, que supone el segundo sacramento.

resplandores de su cuerpo resucitado y de todo su ser "diafanizado" por la visión del Padre: "*Carisimos, ahora somos hijos de Dios, aunque aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que cuando aparezca, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es*"⁷³.

⁷³ I Juan, 3,2. De esta glorificación es ya el bautismo para el cristiano un preñuncio y garantía cierta, en cuanto se mantenga fiel al Espíritu allí recibido. El bautismo encierra en germen lo que será el resplandor y la plenitud del hombre en la gloria de la visión del Padre. Es por lo tanto un verdadero reposo del cristiano en la esperanza, lo que lo hace perfecto; pues, ya el Padre le tiene concedido en su voluntad toda la perfección que logrará el neófito a lo largo de su vida temporal, con tal de no poner impedimentos a la obra de Dios. Por eso, la perfección del bautismo incluye la esperanza cierta del reposo final en la visión, y en esto consiste propiamente el sentido escatológico del reposo permanente del Espíritu en el cristiano bajo el ámbito de la fe: Es un germen vital y estimulante, que incluye el fin y reposo definitivo en su mismo dinamismo vital.